

# 21°

## Concurso de Cuentos

### Radio Santa María

Cuentos Premiados

Radio Santa María  
21° Concurso de Cuentos

Ganadores  
2014

1er Premio

2do Premio

3er Premio

4to Premio



*Dustin Muñoz 2014*



# **21° Concurso de Cuentos Radio Santa María Ganadores 2014**



Primera edición, septiembre de 2014  
21° Concurso de Cuentos de  
Radio Santa María: Cuentos ganadores

Diseño de edición:  
Fabriel Polanco Batista

Diagramación, composición y diseño de portada:  
Fabriel Polanco Batista

Corrección de pruebas:  
Luis Beiro Álvarez

Cuidado de edición:  
P. Eduardo García Tamayo, SJ y Equipo Editorial, RSM

Ilustraciones interiores y portada:  
Dustin Muñoz

Impreso en Santiago,  
República Dominicana

Es propiedad de Radio Santa María.



# Índice

	Pág
Palabras de Salutación del P. Eduardo García Tamayo, SJ Director de Radio Santa María .....	7
Palabras de María Amalia León, Directora de la Fundación “Eduardo León Jimenes” .....	13
<i>Cuentos Premiados</i>	
Primer Premio: <b>“El Triciclo Averiado”</b> Seudónimo: El Anacoreta Autor: Omar Messón .....	19
Segundo Premio: <b>“Proyecciones”</b> Seudónimo: Alí Babá Autor: Ramón Gil .....	27
Tercer Premio: <b>“Debajo del signo de Géminis”</b> Seudónimo: Kafka Autor: Edwin Ricardo Castillo Frías .....	37
Cuarto Premio: <b>“El Flow”</b> Seudónimo: Perro Andaluz Autor: Oscar Zazo .....	43

### *Menciones de Honor*

Primera Mención:

**“Mátala”**

Seudónimo: Xineddens

Autora: Aracelis Mireles ..... 53

Segunda Mención:

**“Huésped”**

Seudónimo: Jahol

Autor: Geury Calderón Castro ..... 61

Tercera Mención:

**“La última crónica del infierno”**

Seudónimo: Asquerosa

Autor: Rodolfo Báez ..... 67

### *Anexos*

Veredicto del Jurado

del XXI Concurso de Cuentos ..... 77

Palabras de agradecimiento

de Omar Messón,

Primer Premio ..... 79

Palabras de Salutación

## **P. Eduardo García Tamayo, SJ**

Director General  
Radio Santa María

Buenas tardes.

Un saludo cordial a los miembros del Jurado y a los representantes de las instituciones y empresas que colaboran para el desenvolvimiento de esta nueva versión del Concurso de Cuentos Radio Santa María.

Saludamos también a los amigos y amigas presentes en este salón de actos de la Sociedad La Progresista, que nos acoge en esta tarde para premiar los mejores cuentos presentados en esta nueva versión del Concurso.

Agradecemos igualmente la cercanía de los oyentes de Radio Santa María y Estudio 97.9, que participan de la transmisión de este acto.

En diciembre pasado tuvimos la oportunidad de dar apertura a una nueva versión del Concurso de Cuentos, la vigesimoprimera. Una vez más hemos tenido el gozo de recibir las obras presentadas por un número significativo de escritores y escritoras. En esta ocasión, hemos recibido 235 cuentos escritos por 101 autoras y autores. Más autores y más obras a leer. Pobre jurado.

Entre los autores, por lo que se refiere al género, se repite el patrón de años anteriores: por cada escritora, participan dos escritores. Ojalá veamos pronto que esta proporción se altere con un número mayor de autoras.

Este año, una mayor participación de escritores del este, que llegan a cinco. Pero el contingente más numeroso proviene una vez más de Santo Domingo: 31 capitaleños pluma en ristre, seguidos de cerca por 27 de la ciudad corazón y -esta vez en tercer lugar-, 11 veginos, menos de la mitad que el año pasado. En total, 44 cibaeños, a los que se podría añadir un número respetable proveniente de la provincia de Puerto Plata. Desde el extranjero enviaron sus obras tres dominicanos.



Junto a una mayoría de contribuyentes del país -91 en total-, el vigesimoprimer concurso registra un incremento en la presencia de escritores que provienen de otros horizontes, unos 10, mayormente latinoamericanos y algunos españoles. Un escritor envió su contribución desde Sión, la ciudad santa, Jerusalén.

Agradecemos el interés de estas personas que han querido participar en el Concurso. Pero debemos reafirmar la dimensión nacional de este evento, que desde su surgimiento fue concebido como una iniciativa de acogida y apoyo a los escritores y escritoras dominicanos. En el país existen concursos que abren sus puertas a autores extranjeros. Nos alegramos de que existan certámenes internacionales. Pero el Concurso de Cuentos Radio Santa María se propone mantenerse fiel al espacio geográfico de nuestras letras. Para nosotros, el *"ius soli"* sigue teniendo vigencia...

Al publicar las bases del presente concurso, no explicitamos su dimensión nacional, lo que dio a pensar que se trata de un evento abierto a escritores extranjeros. Pedimos excusas por la confusión que se produjo. Tendremos cuidado de explicitarlo en las bases de la próxima versión.

El aporte del Concurso al escenario de la literatura dominicana es ser un canal para descubrir y poner de relieve el trabajo de hombres y mujeres de nuestro pueblo que han querido contribuir al país con su narrativa. Hay también personas no nacidas en el país, que han optado por hacer vida entre nosotros, escogiendo nuestra tierra como lugar de residencia o como su segunda patria. Acogemos sus contribuciones al Concurso como buenas y válidas. En cambio, hemos debido prescindir de un cierto número de obras, algunas de indudable calidad, que no provienen de autores dominicanos. No nos mueven nacionalismos ya superados —mucho menos los ultranacionalismos de última hora, de corte xenofóbico—, sino la conciencia de la necesidad de dar impulso a nuestros escritores y escritoras a fin de potenciar la narrativa dominicana. Escribir es crecer, decimos en el Concurso de Cuentos. Queremos ver crecer a quienes escriben. Queremos ver crecer la narrativa dominicana.

Gracias a todos los participantes. Gracias por encontrar tiempo y ocasión para verter en unas páginas esas historias que se fraguan en sus mentes y en sus corazones. Gracias por tenernos por destinatarios de su trabajo.

Gracias al Jurado por ese esfuerzo de lectura atenta y de evaluación que llevaron a cabo en dos arduas oleadas.

Nuestra felicitación a los que resultarán premiados y mencionados. En breve los conoceremos.

Buenas noches.





Palabras de

## **María Amalia León**

Directora de la Fundación  
"Eduardo León Jimenes"

Muy buenas noches.

En realidad, no es difícil vivir de cuentos. Nos arrojan en la vida, y aunque no lo quieras, vives, y esas vivencias se cuentan, en menor o mayor grado, por vía del lenguaje oral, escrito o corporal, pero todo termina siendo contado. Es una necesidad casi ontológica narrar nuestras existencias, nos pasamos la vida haciendo cuentos: contamos nuestros sueños y pesadillas, nuestras esperanzas y frustraciones; contamos números y cualidades; contamos y especulamos, contamos y nos evaluamos; contamos y nos afirmamos.

Decía un gran filósofo del siglo XX , Ludwig Wittgenstein, que hasta que algo no está dicho, no existe. Por ende, contar es inherente al ser humano en sociedad. Y lo más interesante es que todos tenemos algo que contar. Y que haya personas que se les haya antojado hacer del cuento un oficio, una ocupación con sus características, con sus preocupaciones esté-

ticas, con el cuido de las formas, esa es la historia que nos trae aquí. Pero que conste, todo el mundo cuenta historias, aún no las hayan escrito.

Me ha tocado por segunda vez venir a este magno evento, en nombre de la Fundación Eduardo León Jimenes. Este certamen literario se ha convertido en toda una referencia dentro del calendario cultural de este país.

La impronta de Radio Santa María, como anfitriona, garantiza su pulcritud, su fertilidad social, y sobre todo su permanencia e imperturbable existencia.

El concurso de cuentos Radio Santa María se ha establecido como una voz que clama en el desierto de oportunidades que, lamentablemente, padece hoy la juventud dominicana para cultivar la imaginación y la escritura. Y digo bien la juventud, porque independientemente de la edad predominante de los concursantes, emprender un cuento siempre rejuvenece a quien lo hace. Si ser joven es esencialmente una actitud de trascendencia en la vida, contar es trascender los confines de lo dicho o pensado; contar es hacer de lo imposible, posible; de lo irreal, real; de lo increíble, creíble.

Bien sabemos cómo la escritura es vanguardia de la ciencia, para citar un solo caso: en lo que respecta al tema detectivesco o a la ciencia ficción, sin un Arthur Conan Doyle, un Wells, o más reciente un Bradbury, la ciencia probablemente no hubiese transitado el mismo camino que la ha conducido donde está hoy. Una prueba más de la importancia que genera la literatura para el conocimiento humano. Sea, en este caso, para mejor comprender nuestra interacción con las máquinas o en la denuncia de cómo nos hemos maquinizado, la ficción tiene y tendrá siempre un lugar primordial e insustituible en la humanidad.

El cuento, subgénero literario que, como decía ese genio cuentista de quien este año celebramos el centenario de su natalicio, Julio Cortázar, se gana por *knock-out* y no por puntos o *rounds*, como lo hace la novela.

El cuento tiene hoy más actualidad que nunca. En un mundo de lo espontáneo, de lo efímero, de lo breve, el cuento está más cerca de nuestra juventud y de sus formas y disposiciones cognitivas para el entendimiento. El cuento perturba nuestros automatismos, desestabiliza nuestras zonas de confort, asombra nuestras convenciones. El cuento lleva consigo una economía de la trama de una intensidad tal que no

permite descansos. Desde el punto de vista pedagógico, el cuento sería un tremendo entremés, una especie de disolvente de nuestras rigideces, una provocación para la reflexión, un aperitivo o golpe de efecto a nuestros conscientes e inconscientes también. En fin, un aliado...

Por eso y más, hay que defender el cuento. Defenderlo como expresión y como acción creativa, como oficio intelectual, como patrimonio artístico.

Para la Fundación Eduardo León Jimenes, es esta una de sus más esperadas citas. Poder contribuir con esa fiesta del ingenio y la belleza, es un compromiso prioritario de la Fundación.

Gracias, Radio Santa María y a todo su equipo, al jurado por su generosidad para hacer posible esta jornada que continúa. Gracias a los participantes en este concurso por su fe en la literatura. Gracias a la ciudad de la Vega por acogernos hoy y por ser también cuna y lugar de reposo eterno de un maestro del cuento dominicano y referente obligatorio, el escritor universal Juan Bosch.

Muchas gracias a todos y mis sinceras felicitaciones para los ganadores de esta nueva edición.



# **Cuentos Premiados**



Dustin Muñoz 2014

Primer Premio

# El Triciclo Averiado

Seudónimo: El Anacoreta

Autor: Omar Mesón

El sol abrasaba. Le dio al hombre en la cara con un rayo de luz que más que luz parecía un manotazo agreste, violento, despiadado. La tarde audaz había sido de una implacabilidad intolerante, el sopor lo sentía por entre la camisa rota, por entre el ajado pantalón endurecido por el recurrente uso y el ausente lavado, sentía el sopor en sus ojos amarillentos que se cubrían de una compacta telaraña que apenas permitía apreciar los espejismos de la avenida, veía los trémulos vehículos que deambulaban zigzagueantes como en una competencia voraz, creía ver los charcos con humos alucinantes como un oasis esplendente, miraba los impávidos transeúntes que en las márgenes de la avenida pugnaban por cruzar de uno y otro lado como ejercitándose en un rito innecesario e ilógico; también captaba a los otros marchantes que con la cabeza ladeada, mirando apenas hacia el frente, se atrevían a ofertar sus productos, veía sus rostros desesperanzados y desganados, era como si sintieran

lástima de ellos mismos ante el “no” repulsivo de los desentendidos transeúntes.

Los ojos del hombre frenaban de pronto en las cosas suntuarias, en los despavoridos hombres de negocios que iban con sus porsches y sus audis llevando chicas despampanantes vestidas a lo Barbie a emprender su jornada diaria de seducción y de engaño; percibía a las damas de sociedad que regresaban de los colegios con sus niños en la parte trasera del auto y que desdeñaban el dedo indicador de los colegiales que señalaban las empolvadas frutas. Los chicuelos insinuaban la compra ante el apretón de labios de la madre que dentro de su brillante y lustrado auto vomitaba muecas de asco frente al triciclo. Y allí el hombre, parado con una irresolución en la mirada, con un desplante hacia la acción, tenía el rostro reseco y a la vez atiborrado de desfallecientes cauces, ladeaba la gorra para poder dirigir mejor sus inquietudes. Y allí el hombre, sintiéndose solo ante aquella multitud de zombies cuyo automatismo lo exacerbaba.

Nunca había tenido aquella sensación de desamparo, pensaba en sus cuatro niños que esperaban ansiosos para cuando él llegara, el caramelo barato que anunciaba a gritos el sórdido muchacho en el semáforo de la 27 con Máximo Gómez; pensaba en Lidia, que a



estas horas debía estar echando chispas porque aún él no se aparecía con “los chelitos de la comida” pensó nueva vez en su desamparo, en las pocas posibilidades que tenía de salir de aquel embrollo. Se entretuvo un poco con los vendedores de frutas y tarjetas de llamadas que zigzagueaban de manera magistral por entre los autos detenidos en espera del verde del semáforo correspondiente. Tuvo la sensación de sentirse ajeno a aquella parafernalia de disputas cotidianas. Por primera vez se sentó en el palco a mirar tranquilo el enjambre alborotado, era como ver en una pantalla el desenvolvimiento de su vida.

Miró por debajo del triciclo; hacía rato que había intentado moverlo, pero su temor a cerciorarse de lo grave de la avería le impedía mirar el estado en que estaba el soporte de una de las ruedas. Sabía que su inercia no ayudaría en nada. Se decidió a mirar y miró. El eje que sostiene la caja de bola de la rueda se había quebrado. Solo un punto de soldadura podría acabar con su tragedia. El encontrar la causa del problema le produjo mayor inquietud. Un punto de soldadura en una zona céntrica de la ciudad era como buscar agua en el desierto. En una notable expresión de desaliento terminó poniéndose de hinojos como si rezara una oración ante la desgracia de su soporte roto. Colocó sus manos encima de la gorra como si quisiera me-

terse de golpe y porrazo la cabeza en su caja torácica. Colocó los brazos cruzados sobre el canasto del triciclo y sobre los brazos, la cabeza descapotada; se había quitado la gorra para limpiarse la sudorosa frente y de paso aprovechó para secarse el sudor de la barbilla y, al pasársela por la boca, sintió el sabor casi dulce del polvo acumulado en aquella prenda que se había convertido en su paño de lágrimas. Miró hacia arriba como buscando una solución a su problema en las fulguraciones del follaje de las acacias *Mangium* que adornaban el vergel cercano. Sintió un leve mareo, tuvo que asirse del canasto del triciclo para no caer; no fue sino entonces cuando se dio cuenta de que aún no había desayunado. Miró las frutas pero sintió cierta repugnancia. No podía ser su propio cliente, pensó. No bromeaba, desvariaba.

El hombre se levantó, se sentó un tanto inclinado en el sillón de su triciclo, comenzó a pensar en su antiguo predio, en los baños en el río con sus chicos, en las viandas frescas que cocinaba Lidia mientras él limpiaba los matojos de su conuco, cruzó los brazos, casi se abrazaba él mismo por entero, había perdido la robustez de antes, había perdido sus fuerzas en una ciudad en la cual había devenido en víctima de una multitud indiferente, autómata. Pensó que pensar en aquello no le venía bien. Levantó los ojos y, por en-

tre el manto de telaraña que obstruía parcialmente su visión, vio al policía que se acercaba, lo vio venir cubierto por una humareda semitransparente, con pasos decididos, su mirada imperdonable dirigida hacia él, las manos descansando entre la canana austera y su pistola gris; sus botas se acercaban, sus ojos se acercaban, su cuerpo se acercaba, su mirada iba con odio, con decisión de buitres, con esa resolución del criminal que arroja sobre su víctima todo el resentimiento de su vida, que escupe la pólvora de la cólera sobre el cuerpo de sus presas. El hombre lo siente, lo palpa; para prevenir cualquier acción violenta se coloca detrás de su triciclo, sabe que el policía no ha dejado de mirarlo, quisiera en esos momentos tener provisión de avestruz y meter la cabeza en el agujero de su miedo, da la espalda, sabe que el policía está cada vez más cerca, se coloca de espaldas, mirando hacia la acera y se recuesta del triciclo, baja la cabeza, se pone la gorra hacia abajo para que le cubra los ojos, teme lo que la furia del agente pueda acarrearle, cruza nuevamente los brazos en señal de humildad y de sumisión, oye los pasos lentos que se acercan cada vez más, casi está sintiendo su respiración de infierno que le toca la nuca, siente de repente la fuerte mano que le agarrar por el hombro, siente que va a desfallecer, mira al policía con una mirada que mendiga conmiseración, su rostro refleja en pleno el sol de la una, el hombre

baja la mirada como si debiera pedir perdón, la calle sigue impertérrita, monótona en su cotidiana audacia, el hombre sabe que sus nervios ya no le dan para más, el policía se acomoda su quepis de cangrejo y con verbo atropellado como si quisiera tirar a borbotones las palabras, lo enfrenta verbalmente.





Dustin Muñoz 2014

Segundo Premio

# Proyecciones

Seudónimo: Alí Babá

Autor: Ramón Gil

Quienes hayan leído los periódicos del pasado 6 de mayo recordarán estos titulares: “*Descubrimiento macabro en cabaña del bosque*” o “*Crimen sacude conciencia nacional*”. No puedo negar que reí con la frase “*conciencia nacional*” aunque reconozco que no soy quién para juzgar estas cosas. No ahora, no después de lo que hice. Sé que se preguntarán por qué confieso ahora mi crimen si nadie puede inculparme, y alguno con ingenuidad creará que lo hago para liberar mi *alma atormentada* por los remordimientos. Lamento contrariarlos, no sufro yo de esta debilidad, sin embargo, reconozco que se trata de un defecto de mi personalidad: la vanidad intelectual.

Todo empezó con un problema que arrastraba desde hacía años y que concernía a mi esposa y a su gato. Por momentos, sentía que los odiaba y que si no me deshacía de ambos, me volverían loco con sus manías, sus exigencias y su perfeccionismo. En ese sentido, parecían gemelos.

A ella empecé a observarla mientras se peinaba o preparaba la cena solo para descubrir que la amaba con desesperación y que nunca podría prescindir de su presencia. Fue un pensamiento que me negué a aceptar en un primer momento por la rabia que me provocaba, por lo general, su cercanía, pero finalmente y no sin cierto pesar, lo terminé por admitir. Pero aún me quedaba el gato, me dije para conformarme.

Empecé por observar sus hábitos, y a distinguir cada uno de sus ronroneos. Cuando estuve listo para hacerlo desaparecer, recuerdo que lo tomé en mis manos y lo levanté hasta mi rostro. El gato me miró con sus hermosos ojos verdes y entonces supe que también lo quería y que tampoco podría vivir sin él.

Desde entonces viví en un péndulo entre el amor y el odio con días en los que sentía que Elena y Bruno eran mi complemento perfecto, pero otras veces, cuando estábamos sentados a la mesa o cuando mi esposa dormía tranquilamente a mi lado, me entraba ese odio y volvían de nuevo esos deseos. Hasta que recordaba que mi existencia giraba en torno a ambos y perdía el valor, y empezaba a quererlos de nuevo como si ese hubiese sido el único sentimiento posible. Y fue entonces cuando vi la solución como una violenta sucesión de *flashes*. Estuve meditando por un



tiempo, pero no supe como ejecutarlo hasta que mi esposa anunció que se iba de vacaciones a casa de su madre. Le dije que sí con más alegría de la que me hubiera gustado mostrar. Temí que ella me malinterpretara, pero nada de eso sucedió. Se iría a final de mes.

Estuve nervioso todo ese tiempo. Tanto, que mi mujer empezó a preguntarme qué tenía. Me habló de suspender el viaje si yo se lo pedía. Le dije que no con tanta vehemencia que luego me sentí mal conmigo mismo.

Ella me miró, primeramente asombrada por mi reacción y luego le dio uno de sus sublimes ataques de rabia y tuve que pedirle disculpa hasta el momento en que se marchó. Lo hizo sin despedirse siquiera y, contrario a lo normal, decidió llevarse también al gato. Me alegré porque no tendría que preocuparme por estar en casa a determinadas horas para alimentarlo.

Desde entonces no hice otra cosa que vivir para mi plan. La primera noche, decidí caminar por la ciudad. Reconocí que ya había olvidado esa brisa fresca que golpea el rostro a la medianoche y el ruido de los vehículos. Me pareció que había estado viviendo en otro mundo y que ahora despertaba en una nueva realidad.

Pero era una realidad que no me conmovía, que me parecía hueca y oscura. Sin embargo, este pensamiento debió ser muy breve porque no volví a pensar en ello hasta mucho después en que leí los titulares y recapitulé los hechos de aquella semana.

Esa primera noche anduve por dos o tres bares, buscando en cada mujer que veía a una que encajara con aquel pelo rizado o aquellos ojos almendra claros que eran la causa de mi tormento. Pero descubrí con horror que ninguna se asemeja ni de lejos a mi amada. Por eso, por más que buscaba, solo veía rostros que no se parecían para nada a lo que mi mente aspiraba.

Durante días caminé cada calle, cada bar y cada rincón de la ciudad, y solo entonces la vi: era alta, delgada, morena y más joven que el modelo que había imaginado, pero de igual modo me serviría a la perfección. Estaba sentada sola en la mesa de un bar y tomaba una soda con hielo, aburridamente. Era de los pocos concurrentes sin acompañante porque algo en su persona invitaba al rechazo.

Estuve observándola y sólo vi a un joven que se le acercó, pero rápidamente se apartó de su lado. Era perfecta, me dije. Por eso me quedé en aquel bar hasta que la vi marcharse. Lo hizo tarde, como a las tres

de la madrugada por lo que imaginé o que vivía sola y nadie la esperaba o estaba tratando de dar una lección a alguien ausentándosele por toda la noche. Esto quizás nunca llegue a saberse porque aunque la seguí a distancia mientras ella se alejaba a pie y entraba en una especie de pensión a pocas cuerdas del bar; no me aventuré a más temiendo que luego algún testigo indiscreto pudiera recordar mi rostro. Solo entonces, me marché tranquilo a casa. Ahora solo me faltaba encontrar un gato. No sería difícil. En una ciudad como esta, vagan cientos de animales sin dueño que, por una sardina y un poco de afecto, se dejan acariciar y cargar de cualquier viandante.

Estuve todo el día siguiente buscando alguno que se asemejara a Bruno. Fue bastante fácil, pues un gato, a diferencia de una persona, no posee tantas características distintivas. Esta vez andaba en mi vehículo y después de alimentar bien a mi futuro huésped, abrí la puerta por el lado del asiento del pasajero y él sencillamente entró. En casa, lo acomodé en la gatera de Bruno y el gato se comportó como si nunca hubiera vivido en la calle, sino como un habitual a este tipo de lujos.

Sonreí. Todo estaba saliendo a la perfección. Salí de nuevo y me dirigí a una cafetería en donde comí un sándwich y aunque, por lo general, no tomo, me permití una cerveza. Esperé allí hasta que la bebida se calentó y recalentó y el último trago no fue más que un espumarajo amargo.

Volví al bar, pero aparqué a dos esquinas. Cuando entré, noté que el local estaba más animado que la noche anterior. Quizás porque era viernes y este hecho, lanzaba a la calle a jóvenes que lo único que deseaban era divertirse.

Me dirigí hacia un rincón donde había una mesa desocupada y pedí una cerveza. Desde allí esperaba verla de nuevo. Pero la muchacha no estaba. Lo supe cuando recorrí todo el bar sin encontrar rastro de su presencia. Lo peor era que no podía empezar a preguntar. Hubiera sido una exageración y el colmo de la estupidez.

Ya desesperaba y estaba a punto de marcharme cuando la vi. Estaba más hermosa que la noche anterior y cuando la luz la iluminó, pude o creí notar un rictus de dolor o de asco en su rostro que de seguro pasó desapercibido en aquel lugar.

Esta noche me acercaría a la muchacha. Apenas me quedaban tres días porque el lunes regresaría Elena y lo que hiciera debía terminarlo antes de que ella y Bruno volvieran a ocupar los espacios habituales de mi rutina y me trajeran con su presencia el equilibrio de la cotidianidad. Esta vez, se sentó en un taburete frente a la barra y pidió la misma bebida de la vez anterior. Yo terminé de pasar la noche observándola y aquella única cerveza porque no quería perder la conciencia de mis actos.

Esperé hasta después de medianoche para abandonar el bar. La muchacha seguía dentro, pero yo aguardaría hasta que saliera para acercármele. No tuve que esperar mucho. Salió acompañada por un hombre.

Esto, de por sí, echaba a perder todos mis planes. Sentí una rabia inmensa y una impotencia que amenazaban con hacerme estallar. Solo me tranquilicé cuando vi que se despedían y ella comenzaba a caminar en dirección a donde había dejado mi carro. Es increíble cómo los seres humanos podemos pasar de la más terrible ira a la más salvaje alegría.

Caminé detrás de la muchacha, en un principio sin que lo notara y sin saber qué preguntarle ni cómo acercármele. Ella giró y al ver mi cara de asombro, me

increpó que porqué la perseguía. Le dije que estaba en un error y que mi auto estaba a unos metros. No pareció creermelo, pero cuando me le adelanté y me vio introducir la llave en la cerradura, entendió que le estaba diciendo la verdad.

Una vez dentro, esperé que se acercara hasta pasar al lado de la ventanilla y le pregunté si la podía llevar. Ella volvió a mirarme desconfiada, pero yo sonreí como quitándole importancia al ofrecimiento. Aceptó luego de pensarlo brevemente.

- No irá Ud. a comerme - dijo ella sonriendo, por primera vez.

- AUUUUUUUUUU - dije aullando como un lobo.

Ella sonrió nueva vez. Entonces la pude observar bien. Tenía un rostro muy semejante al de Elena y cuando en un momento de la conversación estalló en incontrolables carcajadas, supe que haría punto por punto todo lo que había planeado y que cuando Elena regresara con Bruno, sería otro hombre, ya más calmado y con todos mis rencores enterrados en el pasado.





Dustin Muñoz 2014



Tercer Premio

# Bajo el signo de Géminis

Seudónimo: Kafka

Autor: Edwin Castillo Frías

*A Diógenes Valdez*

No se escuchó el ruido la noche anterior. Árboles quebrados, vehículos virados, postes de luz derribados, para dar una simple explicación, ese fue el escenario de esa mañana. Debajo de un cielo nublado y una brisa recia que elevaba las plumas de millares de palomas muertas.

Sin embargo, ante aquella confusión irritable, el elemento que más llamó la atención a todos los vecinos, fue aquel misterioso círculo de cenizas, con velones encendidos y trazos rojos enmarañados en su centro, cuyo significado nadie pudo descifrar, pero yo sí, por el tiempo que duré frente a él, absorto, sin importarme que todos se marcharan, inmersos en una vorá-

gine de dudas, confusión y miedo, hacia sus casas, a poner pestillos a las puertas, arrodillarse en cadenas de oraciones y prender velones a los santos. Lo miraba perplejo, casi sin pestañar. Hasta que llegó mamá a llevarme por las orejas, para que me fuera a acostar cuando apenas eran las tres de la tarde. En la cama volví a vislumbrar los trazos a través del techo blanco, como en una pantalla reflectora y entre ellos se me reveló la frase producto de aquel enigma macabro: *“Yo soy así porque nací bajo el signo de Géminis.”*

Con el terror habían llegado algunos rumores especulativos basados en mitos. Pero lo cierto es que todo cambió. Ya no es mi barrio alegre. De la Barra *“El Peje que fuma”* no se escucha la música desde afuera. Ahora cierra sus puertas temprano. Los viernes ya no hay peleas en la gallera. Ya no se toma ron ni se juega dominó frente al colmado de don Luis. El panadero ya no pasa, dejando en nuestra conciencia el eco de su pregonar. El heladero y su triciclo parecen haberse derretido junto al sonido de su campanita. Quedó prohibido ir a casa de mis amigos a estudiar y mucho menos a jugar pelota en la calle. No se puede correr en bicicleta. Ya no me apuro en hacer mandados, porque los sábados no hay pesos para ir al cine. Quedaron prohibidos terminantemente los paseos dominicales al parque, donde íbamos a ver las muchachas y escu-

char la banda de música. Nos acostamos temprano. Posiblemente es peor cuando a escondidas cruzamos a otro barrio, porque nos hacen ronda para dispararnos la sarcástica pregunta: “¿Tú vives en el barrio maldito?” Sí, porque con ese nombre quedó bautizado desde aquel tenebroso día.

—No aguanto más esta situación. Debo encontrar al culpable —me dije, crispado.

A Dionis lo odio desde la primera vez que lo vi, cuando llegaron los Valdez al vecindario. Me molesta su pensar, su caminar, sus lentes de fondo de botella, su peinado, sus costumbres. Nunca jugó pelota con nosotros. Leía, leía y leía. En clases siempre era “el niño modelo” y en recreo se la pasaba jugando con sus amigos imaginarios.

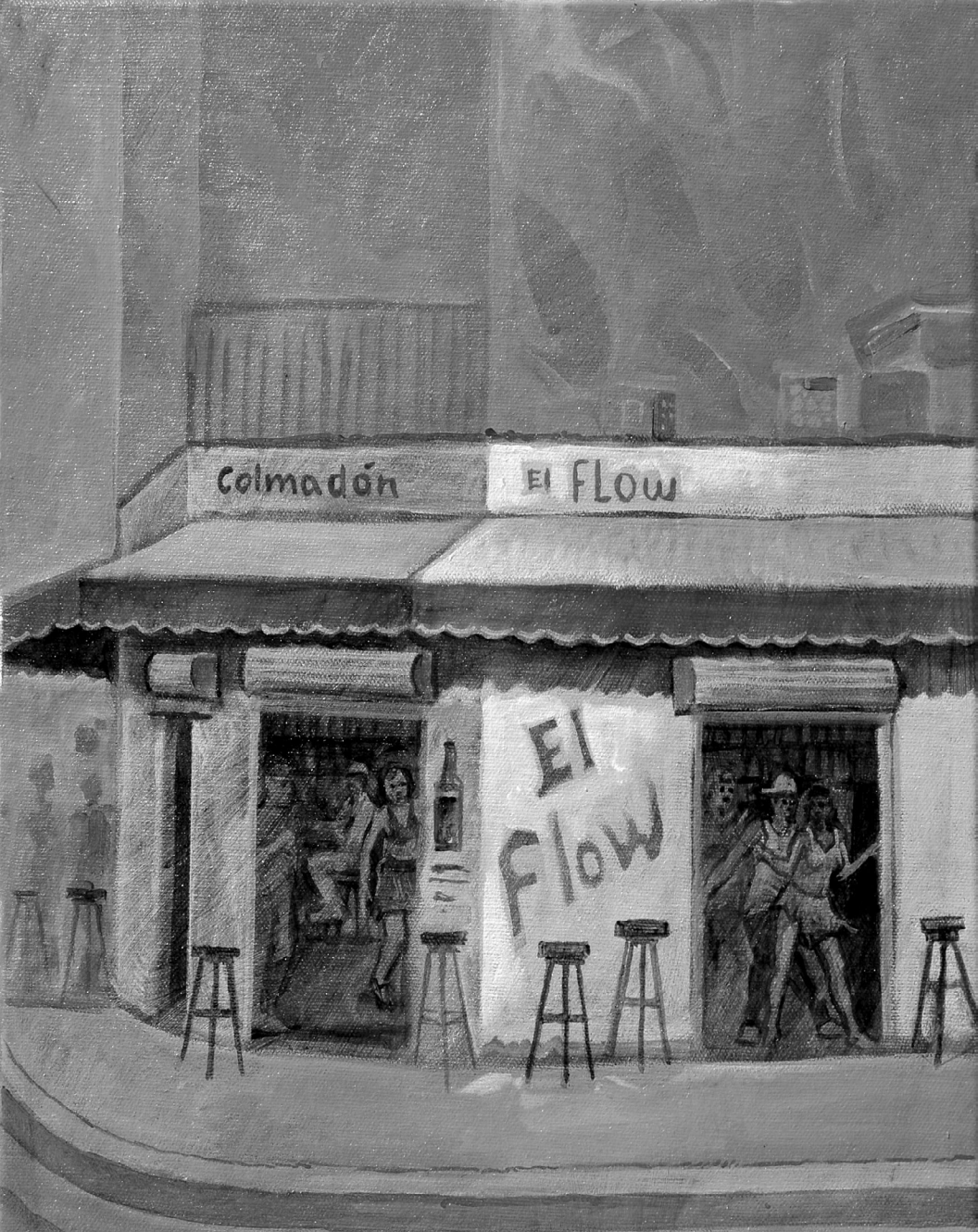
Recuerdo el día de la golpiza. Lo esperamos al salir de la escuela (ahora recuerdo en la misma esquina que apareció el círculo); tuve el honor de ser el primero en pegarle, luego Marcos; Tomín lo escupía; Tomasito pisoteó sus cuadernos. Reíamos. Cuando lo vi agacharse, mis carcajadas se elevaron. Abochornado, recogía hoja por hoja, como si en ellas estuvieran plasmados sus sueños. Al terminar el imbécil levantó la cabeza y con lágrimas en los ojos solo nos dijo en

tono amenazante: “Todo puede suceder un día”. Pero no le hicimos caso. Nos burlamos.

Sospecho que tal vez era él aquel joven misterioso que en los primeros tiempos de cólera se veía caminar por el barrio hablando solo como si nada. Probablemente él causó todo para inventar su mundo imaginario, como si fuera dueño de nuestro territorio. Imagino cómo reía cuando sabía que por alguna ventana, cauteloso, alguien lo miraba siguiendo la lentitud de sus pasos hasta perderse en la vuelta de la esquina o en la oscuridad, donde lo esperaba otro fisgón, con la pregunta en la cabeza de qué si el muchacho no sentía miedo. A lo mejor él y sus amigos invisibles se burlan de los jóvenes como yo, encerrados en sus casas, hartos de historias de fantasmas y de muertos.

Ahora la pandilla lo esperará en el parque central, hasta que salga de la biblioteca municipal. Le preguntaremos su signo zodiacal y esperaremos la respuesta con los puños cerrados porque es nuestro barrio, y nos duele.





Dustin Muñoz 2014

Cuarto Premio

## El Flow

Seudónimo: Perro Andaluz

Autor: Oscar Zazo

*¿Establecimiento de bebidas alcohólicas, music bar? Allí lo llaman “Colmadón”.*

Para un cliente tan poco habitual como yo, “El Flow” resultaba tan ajeno como pintoresco.

Aquella noche el desmedido exceso de decibelios a nadie parecía afectar tanto como a mí. Sin embargo, mi estancia distaba de ser fastidiosa, y mucho menos aburrida.

La primera cerveza fue de revelación, porque después de paladear con gusto el primer trago comencé distraídamente a clasificar al personal presente. Jóvenes de gorra ladeada, no tan jóvenes de expresiones patibularias y tatuajes ya ilegibles, mujeres de aspecto licencioso, muy licencioso; camareras eficientes, clientes nacionales y extranjeros, un gordito maquillado y con las cejas muy depiladas, una cajera de rostro

inexpresivo y un seguridad semi uniformado de mirada ágil, orejas puntiagudas y rictus de gravedad que observaba todo desde su posición estratégica; en fin, distendidamente pasaba revista a la fauna de la noche.

La segunda “pequeña” me permitió fijarme más en las expresiones, comenzando a sospechar que ya no me resultaban tan divertidas como en el transcurso de la primera cerveza. De hecho, presté más atención a los detalles. En un momento determinado creí atisbar que la mirada experta y fría del seguridad se detenía en una mujer que con cierta inquietud consumía en solitario acodada en la barra. De forma casi clarividente comprendí que él sabía por experiencia, que el tiempo de “cacería” a ella se le terminaba con la consumición que alargaba desesperadamente, advirtiéndole que sin bebida no podría permanecer allí por mucho tiempo y, junto con el contenido de su vaso, se esfumaría su inversión y las posibilidades de trabajar aquella noche. Vi que esta, con envidia miraba de soslayo a su joven compañera de oficio, que con más suerte bebía en compañía de un anglosajón sexagenario muy colorado y presumiblemente ebrio que trataba de enamorarla con gestos y frases más que previsibles y ella consentía con sonrisas resignadas para que, el ya más que potencial cliente, no se arrepintiese de su *affaire*.



Cerca de la puerta, un morenito que no debía llegar a la treintena trataba de enseñar a bailar a una extranjera por lo menos veinte años mayor, que entusiasmada se movía con vehemencia pero con escasísimo sentido del ritmo. Su compañero de baile se afanaba con paciencia y sin perder la sonrisa.

Llegaban nuevos clientes, los hombres se saludaban sonoramente mano contra mano y a continuación se daban un abrazo con palmada incluida. Recordé entonces una película en la que utilizaban el mismo saludo que, además de la función afectiva, tenía otra efectiva para asegurarse de la ausencia de micrófonos delatores. Pero sospeché que mi desmedida imaginación me llevaba a exagerar.

La tercera cerveza fue devastadora. Guiado de nuevo por la mirada del vigilante que esta vez interpreté cansada, reparé en la imagen inequívoca de un *dominican yorke* que, impostor o real, andaba con su séquito compuesto de un “secretario” local y cuatro jovencitas de clase media tirando a baja, acomodados en un espacio del concurrido establecimiento donde el “delfín” solícito, les servía bebida, y ellas, más solícitas aún, bailaban, celebraban sus ocurrencias y de manera furtiva le acariciaban. La indumentaria correspondía, me dije: ropa de marca, gorra, cadena, pulsera, anillos y

un enorme pendiente horizontal pretendiendo reflejar los altos edificios de Manhattan. Tal vez después de todo fuese un residente real, por mucho que allá, en la ciudad de los rascacielos -lo creyeran o no los de este lado- el fulano bien podría vivir en un impersonal apartamento del Bronx y se deslomara trabajando en una bodega descargando cajas.

A medida que iba descendiendo el contenido de mi tercera botella, percibía con más nitidez los ascos contenidos del improvisado profesor de baile ante la evidente sudoración de su alumna, o el de la joven de la barra cuando el anglosajón baboso la besaba; pude detectar el cansancio de las camareras, la desesperación de la prostituta solitaria y fracasada ya con el vaso vacío, y el peso de las humillaciones acumuladas del gordito maquillado y depilado.

El reguetón, mientras, me reventaba los tímpanos, pero mi atención regresó al “cadenú” y su séquito. Ahora la más delgada de las cuatro fans, bailaba “perreo” con él de una forma que el calificativo de lascivo se quedaba corto de lejos. Hubo un momento en que la flaquita se volteó poniendo las manos en el suelo para que su estrecho trasero rozara con cierta presión la entrepierna del prohombre que miraba displicente sin apenas moverse. De improviso miré

al seguridad; efectivamente, observaba la escena con hastío ¡Cuánto habrían visto esos ojos! Casi podía detectar en su mirada el peso de la inmundicia social. Incluso, llegué a pensar que la desazón que destilaba su semblante fuera producida por la involuntaria comparación con una probable hija de esa misma edad. Tal vez la evidencia le resultara demoledora... Ni el vigilante ni yo podíamos apartar ya los ojos de ese espectáculo. En eso, el bailarín pasivo apartó sin miramientos a la flaquita y llamó con el dedo a otra de sus acompañantes para que continuara con el baile; a esta la puso de espaldas, la sujetaba por las caderas, más anchas y diligentes que las de su antecesora, y la hacía moverse sobre su pelvis al ritmo de la música. Al tiempo, la muchacha giraba el cuello para mirarlo dibujando en el rostro un gesto excesivo de clímax, casi de dolor. Aquello era demasiado, el brillo en los ojos del vigilante, si bien en un primer momento me había parecido de hastío, ahora entendí que era de crispación. Le vi tensar las mandíbulas. Y es que la exposición permanente a la degradación social tiene un límite y termina por ahogar a cualquiera por profesional que sea.

Pasaron instantes que se me antojaron eternos, concentrado como estaba en la reacción del seguridad, y supe que estaba a punto de explotar cuando le vi

cerrar los puños y subirlos a la altura del pecho y, antes de que yo pudiera incorporarme a la escena, el estruendo de la salsa que salía de los altavoces, dejó escuchar el eco de la melodía *“Tú me vuelves loco, tú me vuelves loooooooco, cuando te veo, pero no te toco...”* Desconcertado volví a fijarme en la mirada opaca del vigilante y en la expresión neutra de su rostro... mientras giraba sobre sí, sin perder el ritmo, *“tu me vuelves loco”*, bailaba con discreción e indiferencia, y de forma casi imperceptible se fue deteniendo hasta quedar exactamente en su lugar de vigilancia.

Confundido al principio y avergonzado después, dejé un billete sobre la barra y salí del local. Sin embargo, ya en la calle, no pude evitar volverme y echar una última mirada a la fauna de la noche y al seguridad de El Flow semi uniformado, con la mirada ágil, orejas puntiagudas y rictus de gravedad, que observaba todo desde su posición estratégica.





# **Menciones de Honor**





Primera Mención

# Mátala

Seudónimo: Xineddens

Autor: Aracelis Mireles

Están aquí para hacernos daño, porque son los mismos que mataste. Te piden que hagas cosas. Dicen que debes matarla. Sí, *mátala*.

Te despiertas sin siquiera saber tu nombre y ellos están a nuestro alrededor. Dicen que te ayudarán, que dentro de poco tiempo te sentirás mejor. Giras y observas la mesita de noche, encima de ella, un vaso desechable y un cóctel de pastillas en otro más pequeño. Te tomas las pastillas, el agua. Los sigues viendo. Los escuchas fuerte en tu cabeza.

Necesitamos salir de aquí. *Corre*. ¿Hacia dónde? No sabes a dónde ir, tienes que esconderte de ellos, de todos. No quieres escuchar a nadie.

Tienes que recobrar tu vida, a tu hijo, a tu mujer. No, a ella no. Por ella es que te está pasando esto, *te embrujó*. Sí, esa maldita bruja con la que te casaste nos maldijo porque la golpeaste. Necesitas encontrarla, la

tienes que matar. Eso es lo que te dicen. *Mátala*. Te repiten que la mates, que todo va a estar bien si la matas. *Mátala*. Les creemos. Todo tiene sentido, es muy fácil de comprender. Es su culpa.

Debes encontrarla, matarla. Hacerle pagar por lo que nos está haciendo. Pero ¿Y si se convierte en uno de ellos? *Todo terminará cuando la mates. Tiene sentido*.

Sales de la casa. Comienzas a caminar, pero debes correr. Corre. Ellos te dicen que si no la matas rápido no funcionará. Debes encontrarla. Corres. No sabes a dónde vas, pero tienes que correr y encontrarla. *Es ella, está en la esquina*. No, no es, ni siquiera se parece. *Sí, es ella, mátala*. Les crees. Te le acercas. La empujas hasta un callejón. ¿Qué está pasando?, te pregunta. La pegas a una pared, sacas tu daga y comienzas a apuñalarla. Hay mucha sangre y ya no la escuchas gritar. La dejas caer al suelo. La observas. No era ella, ni siquiera la conoces.

Ellos ríen y te siguen repitiendo que debes matarla. *Mátala*. Quieres que esto acabe, pero no sabes dónde está. *Debes encontrarla*. Te siento cansado. Esas pastillas nos están destruyendo. No sé para que las tomas, no estás loco. Sabes lo que ves, lo que escuchas. *Ellos te quieren matar para que no la mates*. Por eso te dan esas pastillas. Tiene sentido.

Tienes que matarla. No aguantas más. Las voces. *Mátala*. Sabes que debes matarla. Tienes que volver a casa. Estás cansado. Sientes que tu cabeza da vueltas, el mundo se torna oscuro de repente. No puedes caminar así. Te sientas en la acera... te acuestas en la acera.

Abres los ojos. ¿Dónde estás? ¿Quién te puso esta ropa? ¿Dónde está la sangre? Te levantas de la cama y te acercas a la puerta. Está cerrada por fuera. ¿Dónde estás? Comienzas a golpear la puerta. Tienes que salir de aquí. Abren la puerta. Entra una señora que te “invita” a volver a la cama. Le obedeces. Un hombre entra al cuarto con una bandeja en las manos, allí tiene una jeringuilla cargada. Te echas hacia atrás en la cama, intentas levantarte pero él te sostiene, la señora toma la jeringuilla y coloca la bandeja en una mesita. Dice que es por tu bien, que es un tranquilizante para que no hagas más daño. Ella dice que hace unos momentos intentaste escapar y mataste a una doctora con un bisturí que le quitaste. Intentas soltarte de las manos de aquel hombre, pero te sostiene fuerte y la mujer te inyecta en un muslo. Poco a poco dejas de resistirte. Tus ojos se apagan.

Debes salir de aquí. No estás loco. Sabes lo que ves, lo que escuchas. Tienes que salir y matarla antes de que nos maten. Cada vez que vienen nos hacen sentir peor. Debes escapar.

Aún dormías cuando la mujer entró al cuarto a suministrarte los supuestos tranquilizantes. Viene sola. Solo escuchas sus pasos al entrar. Se te acerca para colocarte el veneno. Debes hacerle creer que sigues dormido. Sientes como ella desliza tu pantalón lentamente para no despertarte. Pero ya estás despierto, solo que ella no lo sabe. Giras rápidamente y le arrebatas la jeringa. Tapas su boca y la inyectas en el cuello antes de que grite. La sostienes hasta que se queda dormida. La acuestas en la cama y la cubres con la sábana.

Es de noche. El pasillo está vacío. Solo se escuchan los gritos de algún verdadero loco. Caminas por los pasillos. En la recepción no hay nadie. Tan solo observas al guardia de seguridad en la puerta. Te devuelves en silencio hasta tu habitación.

Te acercas hasta la mujer que duerme en tu cama. Le quitas las llaves de los cuartos y comienzas a abrir las puertas. Los despiertas y les dices que se pueden marchar. Algunos ni siquiera se mueven de sus camas. Pero la mayoría sale corriendo y gritando por los pasillos. Entrás a tu cuarto y entrecierras la puer-

ta. Observas por la ventanilla cómo el guardia intenta retener a algunos. Abres la puerta de golpe y corres hasta la salida, el guardia ni siquiera lo nota. Es que no estás loco, uno no podría planear esta huída.

Sales. Tienes que correr. Corres. Saben lo que dicen. Sigues corriendo. Tienes que alejarte de allí, mientras más lejos, más cerca estarás de ella. Estás débil, tus piernas están cansadas. *No puedes parar ahora*. Te sientes tan cerca de ella, pero la verdad es que estás en medio de la nada. Todo está tan oscuro que ni siquiera divisas el camino por donde vas andando. Solo sientes el pavimento bajo tus pies descalzos.

No puedes dejar de caminar. Si te detienes, ellos te encontrarán. Nos van a matar. Te arrollarán con un auto y dejarán tu cuerpo en la carretera. Sí, eso es lo que nos harán. A lo lejos observas una pequeña luz. Por fin nos acercamos a la civilización. Corres. Aquella luz sigue a la misma distancia. Tienes que alcanzarla.

Es la luz de un farol. Te sostienes de él para no caerte. Sientes que no puedes más, tienes que descansar. Ese veneno nos está matando lentamente. Un poco más adelante observas una casa, tiene las luces exteriores encendidas. Corres hacia allá con las pocas fuerzas que nos quedan. Tocas la puerta como si la quisieras derrumbar. Escuchas una voz dentro de la casa.

Conoces esa voz: es la mujer con la que te casaste, a quien golpeaste, esa maldita.

Ella abre la puerta. Te ve y se lleva la mano derecha a la boca, asustada. Le dices que estás mal, que necesitas entrar, que te persiguen para matarte. Ella te permite pasar, te dice que te dará un poco de agua y se pierde en el pasillo oscuro. La sigues, *no puedes perder la oportunidad*. Es ella y la tienes que matar. Entras a la cocina en silencio. No la ves. Sientes que te tocan el hombro, giras, es ella. Te clava un cuchillo en el estómago. La miras a los ojos sin pronunciar palabra, ella sonríe. Esa maldita se atrevió a apuñalarte. Caes al piso. El dolor es insoportable. Esa maldita bruja nos maldijo y ahora te acuchilló. Te sientes cansado, las pocas fuerzas que nos quedaban se desvanecen.

Están aquí para hacernos daño. Dicen que es por tu bien, que te administrarán un tranquilizante para que no hagas más daño. Es por tu bien, repiten. Dicen que no saben cómo, con qué o por qué te produjiste esa herida. Debes salir de aquí. No sabes quién eres, pero debes matar a esa mujer. Ellos te lo piden. Te dicen que la mates. Y yo también te lo pido, cada vez que te dan esas pastillas siento que me voy muriendo lentamente, máatala.







Segunda Mención

# Huésped

Seudónimo: Jahol

Autor: Geury Calderón Castro

La mirada de ambos se entrecruzó. Hizo llamar a la mujer usando como intermediario al hombre mulato que lo acompañaba. Cuando se halló junto a ella, sirviendo un poco de vino, temblando de ansiedad, le pidió que al terminar su turno se encontraran en la salida. Al principio ella mostraba timidez, pero él percibía en ella cierto aire libertino que le indicaba que aceptaría. Y así fue. Tal y como habían acordado, le esperaba la mujer de piel morena con grandes pendientes brillantes adornando aún más su hermoso cuerpo y buena apariencia física. El señor no tardó en tomar su mano y conducirla a su lujoso auto.

Una sonrisa de complicidad se convirtió en el inicio de la noche que ambos compartirían con pasión. Ella susurró a su oído, mientras le hacía besar al borde de la locura la mancha en forma de paloma posada en su cuello, sintiendo así el calor de su piel...

Es el recuerdo que refleja su mirada melancólica, mientras constantes lágrimas descienden por su arrugado rostro, tirando con fuerza de los rizos de su pelo, cabizbajo para que nadie pueda notar el sufrimiento por el que atraviesa.

Entonces se escucha la música, todas las miradas apuntan a una misma dirección. La contrata Suiza la coronó con gran estatus: pieza a pieza va dejando su cuerpo más al desnudo mientras desliza sus carnosas piernas entre el tubo que le dio fama. Los espectadores se llenan de impaciencia, buscan la revelación de su cuerpo. Caen como niños ante un caramelo.

El encorvado señor de cincuenta y tantos años levanta su mirada que impacta contra la tierna y delicada figura de la joven bailarina. Ella no lo conoce pero se acerca descubriendo en él la imagen de un poderoso sujeto, no simplemente por el aroma a *Dolce Gabba-na*, o por su fina vestimenta, sino por la firme mirada que posee. Se acerca y con sus delicadas manos toca sensualmente cada parte de su cuerpo. Él, la observa a los ojos y con una media sonrisa da continuidad a la sensación de placer que provoca el dedo que introdujo en su boca.

Cuarenta minutos más tarde, el cuerpo adolescente y desnudo de la joven yace encadenado en una silla, cada parte de su cuerpo está sujeta a esta penumbra de incomodidad. Su mirada refleja una sensación incompleta pues no reconoce el lugar en que se halla, solo tiene la terrorífica idea de estar secuestrada. No tarda en escuchar pasos cada vez más cercanos. Nunca pensó que sus noches de fama y los movimientos sensuales con que entretenía a los hombres la pondría en una situación semejante; de no haber necesitado el dinero estaría estudiando en la escuela. Una mano en su hombro izquierdo le hace tambalear de terror. Hace presencia con vestido negro y gafas oscuras un hombre mulato quien, con una señal, indica que alguien más vendrá. Otros pasos empiezan a escucharse. Para su sorpresa, el encorvado hombre a quien sedujo se acerca caminando acompañado de un bastón. -“Qué desgraciado”- piensa ella, mientras intenta aclarar su mente sin recordar de qué manera había sido llevada a semejante situación. Él se desviste poco a poco. Primero el saco, luego la camisa y los pantalones.

La joven está aterrorizada y desvía la mirada. La carne de su opresor está tan ceñida al cuerpo que se revelan sus huesos por doquier, mostrando así una cadavérica figura. Grandes ojeras pueblan su rostro, mientras un olor nauseabundo le brota por los poros.

Ella sabe por su forma de mirarle que no existe en él buenas intenciones, pero ignora por completo ser parte del sucio y descorazonado proceso de asesinato en vida que forma parte de las noches de aquel extraño, impulsado por un pasado que lo dejó marcado para siempre.

Otra vez, ese recuerdo. El choque de ambas miradas mientras le pedía al mulato que coloque el disco “*She*” (de Elvis Costello), su canción favorita. Cuerpo a cuerpo bailando iluminados por la luz de neón. Una vuelta tras otra. Cada paso se convertía en torrentes de pasión. Tocaban sus labios delicadamente, mientras se poseían con desesperación sobre la alfombra de aquella acogedora habitación. Agita su cabeza rompiendo aquella fantasía maldita.

La prisionera suelta lágrimas provocadas por el miedo. Está temblando de pavor. Las cadenas ya no la mantienen atada. Permanece en una limitada libertad mientras él sostiene su cintura, la levanta y, bailando al compás de la música, acerca su cadavérico rostro de labios resecaos para besarla. Ella profiere un grito espeluznante de asco y horror antes de caer desmayada. Recorre con frenesí las tiernas delicias de su cuerpo delirando de placer.

La sostiene besando su tierno cuello, mientras penetra profundamente cada rincón de su ser. Entre el arrebatado momento de placer posa su mirada en lo único capaz de diezmar su ansiedad: la mancha en forma de paloma que decoraba el cuello de aquella adolescente bailarina traía a su mente aquella noche en que, envuelto entre sabanas y aromas de rosa, ciertos años atrás, enredado en la calidez del placer, tocó a su puerta aquel huésped desconocido.



Tercera Mención

# La última crónica del infierno

Seudónimo: Asquerosa

Autor: Rodolfo Báez

Vuelves a casa de papá, ese desgraciado que te viola desde los seis años. No sabes por qué, pero algo te empuja a abrirle las piernas. Con él te pasa lo que con ningún hombre. Mientras te penetra, eres libre. De tu interior salen ríos que se alojan entre tus piernas o sobre la sábana. Piensas en todo, en las clases de Conducta Animal, en los patrones aprendidos desde la infancia, en la profesora Ángela, en los genes... Antes de darte cuenta, el viejo está jadeando y corre al baño, agarrándose la entrepierna como un maldito intruso al que quisiera ahorcar.

De pronto no hay bestialidad. Estás sobre la cama y todo es tan infantil como cuando comenzó con los juegos. La puerta del baño sigue cerrada, pero puedes imaginarte lo que ocurre.

Perro, es la última vez, te dices, pero la palabra perro, cuando la usas para él, no es asquerosa, va acompañada de un deseo carnal como la de aquellos carnívoros al oler la carne de hembra rancia. Él no imagina nada, tampoco se lo dirás, de algún modo no es culpable. Es mejor que se entere después.

Solo él está en casa, como siempre, desde que empezaron las violaciones. Te aprendiste su maldita rutina. Sabes a qué hora se va y viene la perra (y estás segura de no dejar rastros de dulzura en el calificado), a qué hora tiene Ricardito clases... lo sabes todo, eres la mensajera del infierno.

Tú y el viejo solos (nunca he existido). Soy una pieza más en esta maldita trama, el narrador matando a Dios. Al principio te dolían sus penetraciones, después te acostumbraste tanto que no podías vivir sin su placer. Por eso, desde que llegabas de la escuela te metías al cuarto y bajabas sin panti a sentarte sobre la silla alta de la cocina, donde veías el cielo abierto y a la serpiente de su lengua entrando al paraíso perdido.

No te diste cuenta cuando el aborrecimiento se trocó en pasión. Algo, de forma repentina, cambió en ti. Ya el deseo sexual no significaba sufrimiento, era una necesidad insaciable. El viejo no es suficiente, te acuestas con todos los niños que puedes. En la escuela te dicen la fácil, la María Grillito, la puta del barrio...



Aun recuerdas cuando te llevaron a psicología, porque Alex, el primo, se quejó a la profe Rosaura por eso de meterlo al baño por la fuerza y bajarle los pantaloncitos, esperando encontrar en él lo mismo que en papá. Tu decepción fue terrible al tocar una mancha roja y arrugada como una garrapata. La psicóloga trató de sacarte la verdad, cosa que jamás logró. Debías mentir para ser feliz. El albor de la ciencia, como te enseñó papá, es algo que se disfruta bajo ese precio.

Con la primera menstruación, llegó algo que al principio te pareció extraño, el odio a mamá. No querías que volviera del trabajo, que se acostara con papá, que le cocinara...ella también notó tu amargura y de igual forma creció su soledad. No recuerdas cómo le constaste aquella noche lo de tu fracaso, tampoco puedes precisar lo que te respondió. No era tan importante como el hecho de no poder seguir ocultándoselo más. Después de los cuatro meses no era posible negar un embarazo, ni siquiera a una perra como ella. Los primeros meses fueron difíciles, pero su ausencia durante el día y tu apatía por la noche hicieron su parte. Estabas avergonzada, ya no ibas a la escuela. Papá tampoco se había dado cuenta. Las veces que se acostaba sobre tu barriga estaba tan ebrio que no hacía más que dar piquetes como un gallo ciego.

No volviste a salir de la casa por meses. A partir de aquella noche mamá empezó a fingir un embarazo y tú a llorar en silencio. Cuando la veías entrar con su cara de payasa, la aborrecías más. Los malestares te cogieron con ella. Un odioso monstruo creció en tu barriga. En realidad no entendías del todo su plan. ¿Qué haría con tu hijo? No fue hasta mucho después que te diste cuenta. Oíste cuando discutía con papá y en un ruego, que te pareció ridículamente patético, le daba la “solución”. Esa noche lloraste como desposeída, lloraste tanto que al amanecer las lágrimas habían desaparecido de tus ojos para siempre. Un desierto agrio y temerario creció dónde una vez hubo un alma buena. Aquel fue el día de tu muerte, después de él algo te empujaba por el mundo, pero no la vida.

La bestia de mamá fue tu partera. La mirabas con rabia, si hubieras podido matarla esa noche. Después que recogió tus regueros te mandó a la habitación y a papá a buscar a los vecinos para que vieran tu hermanito.

Lo declaró su hijo, le puso el nombre de papá y te advirtió que si decías algo al respecto te mataría. Siempre le importó más un escándalo familiar que nosotros. Los sentimientos no eran nada para ella, ningunas de nuestras quejas tenían valor. Nada que fuera en contra de su amor propio era posible. Además, adoraba a papá, estoy segura.

La educación de un ser sin vida fue la profecía que no quisiste ver, por eso te fuiste. Volviste a los dos años. Ya a esa edad Ricardito era precioso, idéntico a la foto de papá cuando era joven. A través de esta ventana aprendí a conocer tus suspiros y pensamientos. Aquí han confrontado muchos su eternidad: el rico y Lázaro, Jezabel y Nabot, Jesús y Judas...

Para ti soy un dios cualquiera, anotando cada uno de tus movimientos dentro del mundo desgraciado al que me condenaron. La parálisis no me impide conocerlo todo.

Ese día, aprovechando que la víbora no estaba, te acostaste con el esposo que te quitó y besaste al hijo envenenado. Sentí tus besos a través de la ventana, como si con ellos pudieras succionar la pócima del infierno. No lo viste dar sus primeros pasos, tampoco le oíste decir mamá por primera vez... Él no sabe nada de nuestros sufrimientos, pero aún así, desde aquí arriba vivo tan orgullosa de él, de ti. Se deja el cabello hasta los hombros, canta y toca la guitarra, y además, siempre que quiere, sale con mujeres diferentes.

Después seguiste volviendo, siempre en horas de trabajo. Un día te lo encontraste bajando la escalera, temblaste cuando te saludó y desde que empezó a hablar te diste cuenta de que estaba muerto, él no era la excepción, la bruja lo había matado, le enseñó que

eras el diablo, que una vez estuviste bajo la cubierta de su cielo, pero que habías dejado Tierra Santa para no regresar, por eso le advertía contra ti, para que si te cruzabas en su camino no cayera en tus redes. La peor tragedia de una madre es saberse odiada por su propio hijo. Él jamás sabría la verdad. No podía enterarse de algo tan desgraciado y seguir viviendo. Jamás debía saber que sus padres eran sus abuelos, su hermana su tía y, peor aún, que era hijo de su hermana.

La última vez que te vi supe que habías acabado. Aun no sé cómo, pero en tu cara ya no había rencor y eso era lo único que te mantenía viva. No podías escapar del daño que te hicieron, por eso viniste. Te vi entrar, escuché todo. Por eso lo supe. Pero no fue hasta mucho después, cuando leí el periódico y te vi con el traje blanco en el programa de *Sherpentor*, que entendí el final.

Sabes que al hombre que dejas muerto en la casa no es tu esposo. No entiendes por qué lo mataste, el que debería estar allí es tu padre. Cada puñalada la diste a su nombre. En el cadáver no está el inocente, sino las bestias que te violan desde la infancia. Pero claro, antes de matarlo le contaste todo, aunque sabías que no lo entendería, pues los oídos que debían escucharte no estaban allí. Esos solo escucharían tus últimos jadeos, el río que se derramaría de tus piernas.

Cuando te ibas, papá estaba saliendo del baño, no alcanzaste a oír lo que te dijo. Caminaste despacio, sin mirar atrás, algo de mala suerte para mujeres. Siempre has sido tan supersticiosa. Total, era la última caminata. Cuando entraste dos policías estaban con las patas sobre el escritorio, el teniente apenas te creyó cuando le contaste todo con tu frialdad de Polo Norte. Sin llegar aún a dar crédito a lo que decías mandó al otro gorila a revisar la casa. Veintinueve años después aún no entiendes por qué ese desgraciado con sus botas hediondas a mierda se llevó el último suspiro de tu vida.

-... Nadie más que quien lo sufre sabe que cosas así suelen pasar a los humanos.

-¡Oh!, ¡que equivocados están! También es parte de su destino.

-Prepara su muerte fuera de la concha del diablo, es lo último que podemos hacer...



# Anexos





# Acta Unica

Los miembros del Jurado designado para ponderar las obras sometidas al Vigésimo Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el 20 de marzo del 2014, en las instalaciones de esta institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes

## PREMIOS

### Primer Premio:

Título: “El triciclo averiado”  
Seudónimo: El Anacoreta  
Autor: Omar Messón

### Segundo Premio:

Título: “Proyecciones”  
Seudónimo: Alí Babá  
Autor: Ramón Gil

### Tercer Premio:

Título: “Debajo del signo de Géminis”  
Seudónimo: Kafka  
Autor: Edwin Ricardo Castillo Frías

### Cuarto Premio:

Título: “El Flow”  
Seudónimo: Perro Andaluz  
Autor: Oscar Zazo

Por otra parte, el jurado también decidió otorgar las siguientes

## **MENCIONES DE HONOR**

### **Primera Mención:**

Título:	“Mátala”
Seudónimo:	Xineddens
Autora:	Aracelis Mireles

### **Segunda Mención:**

Título:	“Huésped”
Seudónimo:	Jahol
Autor:	Geury Calderón Castro

### **Tercera Mención**

Título:	“La última crónica del infierno”
Seudónimo:	Asquerosa
Autor:	Rodolfo Báez

Redactado y firmado en La Vega por los miembros del jurado de este concurso, hoy 20 de marzo de 2014.

Lic. Emelda Ramos  
Lic. Luis Beiro Álvarez  
Lic. Carlos Fernández-Rocha

Testigo: P. Eduardo García Tamayo, SJ

# Palabras de Agradecimiento

Omar Mesón

Primer premio del XXI Concurso de Cuentos

Podría parecer extraño que un hijo de un carpintero analfabeta y de una modista que apenas llegó a iniciar un segundo curso de la educación básica, llegue a ser escritor; sin embargo, si tomamos en cuenta que ese carpintero y esa modista despertaban a sus hijos a las cinco de la mañana cada día para que se levantasen a repasar sus lecciones, o que la madre, ante la insistencia de un niño de ocho años, le comprara un Nuevo Testamento, libro que el niño leyó en tres días, no resultaría nada extraño. El primer agradecimiento va a mis difuntos padres por tener la visión de hacer una gran familia, como esta Radio Santa María.

El Puerto de Santa María en la región gaditana podría resultar desconocido para un escritor que nunca ha viajado a España; sin embargo, para mí, que soy esencialmente poeta, aquella “*Arboleda Perdida*” del gran marinero en tierra, Rafael Arberti, me enseñó

que ciertamente, como afirmara Benedetto Croce, los géneros literarios se conjugan en un gran género que es la literatura. Este cuento ganador tiene mucho de poesía, la poesía del hombre, del existir, de la vida, la poesía que se cuele en los sufrimientos, en la desesperación, en la tragedia. Este “Triciclo Averiado” es una muestra de que la prosa perfectamente puede llegar a confundirse con la poesía.

Debo agradecer al jurado de este concurso por haber otorgado el primer lugar a este cuento; agradecer al padre Eduardo García Tamayo, director de Radio Santa María, por tener en tan alta estima a mi grupo “Jueves Literarios de Sosúa”; agradecer a Sosúa y a su gente por los mismos motivos, a la alcaldesa de nuestro pueblo, Licenciada Ilana Neumann, por la valoración que ha dado a la cultura; a mi grupo “Jueves Literarios de Sosúa”, por las tantas veces que me han hecho críticas fuertes sobre mis trabajos literarios y por acompañarme en la difícil tarea de hacer de nuestro grupo el mejor de todos los que hay en la República Dominicana.

Este premio representa para mí algo grande, me consolida como escritor y me hace ver que, al parecer, los hijos de los carpinteros tendemos a ser grandes, muchas gracias.





Este libro se terminó  
de imprimir en Santiago  
en los Talleres de  
Impresora y Editora Teófilo,S.R.L.  
en Octubre de 2014



7 463728 153053 >



EDICIONES  
RADIO SANTA MARÍA  
*Escribir es crecer*